CONVERSACIONES CON TINTÍN

© De los textos, Pablo Luna Cortacans

© Confluencias, 2025
www.editorialconfluencias.com

Maquetación: Rodrigo Sepúlveda Cebrián

Impreso en España

ISBN: 979-13-991021-0-9
Depósito Legal: AL 6260-2025

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y prestamos públicos.

PABLO LUNA CORTACANS

Conversaciones *con* Tintín

CONFLUENCIAS
EDITORIAL

A mis padres,
que domesticaron el fuego, y descubrieron
pinturas en las paredes de la cueva.

A mis hermanos,
que interpretaron aquellos dibujos rupestres
bailando alrededor de las llamas.

A Ester,
que sopló sobre las ascuas
e hizo reaparecer aquellas figuras.

A Guille y Elvira:
¡Papá, papá, mira, toros pintados!

Y a José Raúl,
mi lazarillo en la selva oscura
del proceso creativo del libro.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

LA ÚLTIMA COLUMNA DEL REPORTERO TINTÍN 15

PRIMERA PARTE

I. SEMBLANZA DE HERGÉ 25

II. TINTÍN Y LA *BANDE DESSINÉE* 35

La «línea clara» 37
Tintín *noir et blanc* 39
Tintín entra en la sala de montaje 40
Síntesis perfecta entre los planos de la composición 44
Los Estudios Hergé 45
Metodología de trabajo 47
El título y la portada 52
Un relojero benedictino 54

III. LA IMPORTANCIA DE CONTAR UNA HISTORIA 57

El arte de la verosimilitud 59
Un aventurero infatigable 62
La época de Georges Remi, alias Hergé 67
Los peligrosos años treinta 68

Hacia el encuentro cultural 72
Profesión de fe: el humanismo 73
De héroe local a universal 75
De héroe católico a ilustrado 76
El héroe que dijo no a la política 78
¿El último boy *scout*? 80
Otros compañeros de reparto: el reino animal 81
The stuff that dreams are made of... 83
Pinceladas de humor 86
Humor visual 89
Inocentadas sonoras 93
Una vuelta de tuerca 98
El veneno que vuelve loco 98
Un mundo de pesadilla 100
Resortes narrativos 102
La lucha de contrarios 103
El secreto 104
El saber científico 105
Una familia adoptiva 106
El reino de la amistad viril 108
El hombre 108
La mujer 109
El reposo del guerrero. Disertaciones sobre Moulinsart 111
La cara 111
La cruz 112
Apolo y Dionisos 114

IV. LOS HERMANOS PEQUEÑOS DE TINTÍN 119
Las aventuras de Jo, Zette y Jocko 120
Las hazañas de Quique y Flupi 125
Popol y Virginia en el país de los Orejudos 128

SEGUNDA PARTE

GUÍA DE LECTURA Y CLASIFICACIÓN DE LA OBRA 133

ETAPA «OSCURA»
1929-1933

I. TINTÍN EN EL PAÍS DE LOS SOVIETS..... 143
Tintín..... 152
Milú..... 154

II. TINTÍN EN EL CONGO 157

III. TINTÍN EN AMÉRICA..... 167

IV. LOS CIGARROS DEL FARAÓN..... 177
Hernández y Fernández 191

ETAPA ARCAÍSTA
1934-1941

V. EL LOTO AZUL 195

VI. LA OREJA ROTA..... 207

VII. LA ISLA NEGRA 221

VIII. EL CETRO DE OTTOKAR..... 233

IX. EL CANGREJO DE LAS PINZAS DE ORO 245
El capitán Haddock..... 256

ETAPA CLASICISTA. EDAD DE ORO
1942-1953

X. LA ESTRELLA MISTERIOSA..... 261

XI. EL SECRETO DEL UNICORNIO..... 273
Néstor 282

xii. EL TESORO DE RACKHAM EL ROJO 283
Silvestre Tornasol 292

xiii. LAS SIETE BOLAS DE CRISTAL 295

xiv. EL TEMPLO DEL SOL 309

xv. TINTÍN EN EL PAÍS DEL ORO NEGRO 321

xvi. OBJETIVO: LA LUNA 337

xvii. ATERRIZAJE EN LA LUNA 351

ETAPA CLASICISTA. PLENITUD

1954-1960

xviii. EL ASUNTO TORNASOL 367
Bianca Castafiore 380

xix. STOCK DE COQUE 383

xx. TINTÍN EN EL TÍBET 399

ETAPA «HELENÍSTICA»

1961-1976

xxi. LAS JOYAS DE LA CASTAFIORE 417

xxii. VUELO 714 PARA SÍDNEY 435

xxiii. TINTÍN Y LOS PÍCAROS 449

OBRAS INCONCLUSAS

xxiv. TINTÍN Y EL ARTE-ALFA 469

BIBLIOGRAFÍA 483

NOTAS A LA EDICIÓN 487

Conversaciones
con
Tintín

INTRODUCCIÓN

LA ÚLTIMA COLUMNA DEL REPORTERO TINTÍN

Un sistema de reconocimiento facial por IA nunca podrá determinar la edad de Tintín, como si el eterno adolescente trotara por el mundo sin despeinarse el tupé. La mera lectura de sus reportajes basta en cambio para desenmascarar el «producto milagro» de esta cirugía gráfica. Porque desde que allá por 1929 envía su primer artículo en la Rusia bolchevique hasta que en 1976 teclea su última crónica en *Tintín y los Pícaros* —sin olvidar esa prodigiosa excursión al futuro que supuso el viaje lunar— su alma se acaba moldeando bajo el peso de los acontecimientos en los que ha tomado parte. Y esto nos lleva a afirmar la siguiente paradoja: desde la despedida del serial este dilatado noticiario del siglo XX, incluso para quienes seguimos cultivando el mito, se retroalimenta incansable como el flujo de las olas que rompen una y otra vez en la orilla[1].

A pesar de ello, como bizarro corresponsal no cuesta trabajo imaginar a Tintín en primera línea durante la caída del muro de Berlín en 1989, retransmitiendo los atentados de las Torres Gemelas en 2001, desplazándose a los nuevos escenarios de combate del siglo XXI (Afganistán, Irak, Libia, Siria, Ucrania, Gaza...) o afrontando nuevos desafíos como perseguir a los piratas informáticos en la red, destapar una organización de falsificadores de la *moneda única* o combatir los efectos del cambio climático. Por otra parte, puestos a elucubrar, ¿quién sino el mismísimo profesor Tornasol hubiera descifrado el mapa del genoma humano?

Mientras fabulamos sobre las hazañas que pudo haber acometido Tintín, asistimos perplejos a su continua rehabilitación: sus aventuras avivan discusiones en la red, la ideología del personaje se ha debatido hasta en la Asamblea Nacional Francesa[2] y la adaptación cinematográfica de Spielberg[3] ha devuelto renovada fe a la familia de admiradores del reportero, mereciendo la atención de la prensa, los grupos editoriales y la mercadotecnia. Una hornada de nuevos historietistas homenajea a Tintín desde propuestas más personales[4], y algunas ilustraciones originales de Hergé son subastadas en el mundo del arte a precios que antes parecían inalcanzables[5]. Los seguidores de Tintín disfrutan, además, de un excelente espacio cultural dedicado a la figura de su creador, el Museo Hergé (*Musée Hergé*), que abrió sus puertas al público en la ciudad de Lovaina la Nueva, al sur de Bruselas, en el año 2009. Y en suelo patrio, *1001*, la Associació Catalana de Tintinaires, y la asociación tintinófila *¡Mil rayos!*, con difusión en numerosos países de habla hispana, vienen realizando una encomiable labor de estudio y difusión del personaje, aportando textos y reflexiones de gran calidad[6].

A pesar de todo lo anterior, especialistas como Numa Sadoul han sentenciado su destino: «Hay que resignarse a aceptar que Tintín es un clásico. Se trata de una obra comercialmente muerta: solo cabe la posibilidad de reeditarla». Acaso por esta razón el tintinófilo asume que ningún placer puede equipararse al de abrir un álbum de 23 x 30 centímetros y volver a enfrascarse en su lectura, deteniéndose moroso en las viñetas, coleccionando detalles otrora inadvertidos... En definitiva, volviendo a revivir el mismo cosquilleo que tenía cuando era niño[7]. Para hacer más placentero ese instante el aficionado tiene a su alcance una bibliografía que, sorprendentemente, aún sigue aportando títulos memorables con el paso de los años.

Vista con perspectiva, la obra traza una suerte de recorrido a través de las edades del hombre: juventud, madurez y vejez, como no deja de evidenciarse en los últimos cómics, en los que el ídolo de papel no responde a la llamada de la aventura e incluso comulga con el sedentarismo de Haddock, que con los años se descubre como la voz cantante de los episodios. Quienes postulan la continuidad de la serie parecen ignorar un hecho fundamental: en cada episodio, Tintín se nota más mayor y menos dispuesto a la acción. Además, aventuramos que las nuevas tecnologías hubieran atentado contra la esencia del reporterismo a la antigua usanza, de libreta y lápiz en la oreja, ya que en la era de la información instantánea,

a golpe de clic, Tintín sería un inadaptado, tan tornasolesco como el profesor. Y ello por no hablar de su curiosidad exploradora: nuestro protagonista se hubiera sentido desplazado por el auge del turismo de masas y la búsqueda de experiencias viajeras dentro de unos parámetros estrictamente controlados.

Fijado el marco cronológico, la contribución de Tintín a la historia del siglo XX no es pequeña si pensamos que se emancipa del medio que le ve nacer, la viñeta, para hacerse sitio en nuestra cotidianidad. El reportero, con su inconfundible tupé pelirrojo, es un símbolo de la cultura francófona, una imagen del europeísmo, un héroe para millones de niños, el ilustre antecesor de Indiana Jones y también un *copyright* muy lucrativo... Lo que ocurre es que a menudo se pasa por alto o directamente se olvida que el motivo de esta devoción es un cómic —¡aquí lo llamamos tebeo!—, una expresión artística que el sentir mayoritario margina a la categoría de entretenimiento para los más jóvenes. Definición insostenible porque Tintín, junto a otros muchos como Príncipe Valiente o Corto Maltés, liberaron a la viñeta de su publicación seriada para elevarla a la categoría de obra de arte, posición desde la que el reportero inspira activamente a una pléyade de artistas contemporáneos que han adoptado el movimiento estético de la «línea clara» como si de un texto revelado se tratara. *Las aventuras de Tintín* tienen el encanto de atrapar por igual a niños y adultos, atraídos por un universo tan disparatado como singular, milagrosamente vivo en sus páginas de literatura y viajes[8]. Las causas para explicar este fervor se siguen achacando hoy a un ingrediente misterioso, una cualidad intangible «que atrae a la psique humana a un nivel muy básico, más allá de la historia y los personajes»[9]. Nos referimos, en tono castizo, al *no sé qué* del padre Feijoo, un algo «que palpa el sentido y no puede descifrar la razón». Esta suerte de planeta, repleto de seres y lugares maravillosos, nació de la mente inquieta de su autor, el belga Georges Remi, de sobrenombre *Hergé*.

En Georges Remi se obró un extraño desdoblamiento entre el hombre ordinario y el artesano gráfico admirablemente dotado para contar historias por medio de dibujos. A los dieciocho años entró en contacto con el mundo de la viñeta, pero desde bien joven ya utilizaba sus cuadernos para dibujar con el nombre artístico de Hergé, una transcripción fonética de sus iniciales invertidas (R.G. = *erre-ge*), o sea, una forma de mirar el mundo a través del espejo. Su carrera estuvo jalonada de éxitos porque poseía una visión muy adelantada sobre las posibilidades del cómic para la narración secuencial,

lección que había aprendido estudiando las tiras norteamericanas y el cine mudo (Harold Lloyd, Buster Keaton, Stan Laurel y Oliver Hardy). Si a ello sumamos una curiosidad innata por todas las disciplinas naturales y científicas, un dominio de los recursos humorísticos y dramáticos fuera de lo común y un olfato publicitario nato, comprobamos cómo en Hergé se produjo ese raro encuentro entre el talento, las circunstancias favorables y una inusitada confianza en uno mismo. Antes de dibujar *El Loto Azul* ya era un ilustrador puntero y el empleado mejor pagado del periódico, pero todavía ignoraba las oportunidades que le ofrecía el cómic como género propio e independiente del pasatiempo gacetillero. Después de esta obra había asimilado tan bien la técnica de la historieta, en el contexto de un relato total, que ya no paró de alumbrar hasta su muerte álbumes grandiosos y memorables.

Dibujando Hergé tuvo que ser un ilustrador versátil: barroco y torrencial para tomar apuntes, croquis o hacer bocetos con el lápiz... pero también extremadamente limpio en el uso de la pluma para el entintado. El tándem creativo que formó a lo largo de su carrera con artistas tan distintos como Tchang Tchong-Jen o Edgar Pierre Jacobs, y la puesta en marcha de un estudio en el que supo rodearse de un grupo de significados colaboradores, le permitieron ensayar un método de trabajo en equipo gracias al cual la historieta se abrió a horizontes hasta entonces no soñados. En pocos años Hergé dejó de ser el aprendiz de un suplemento semanal para liderar la metamorfosis de la tira cómica al formato de libro encuadernado, pero para que se produjera este resultado hubo, naturalmente, tentativas vanas, se ensayaron varios tamaños e incluso se rehicieron todas las aventuras publicadas hasta la fecha. En los años cuarenta se hizo habitual que el dibujante, a la par que terminaba nuevos relatos, repescara los cómics anteriores para otorgarles el mismo estatuto, concediéndoles iguales medidas y soluciones. En aquel entonces se encontraba inmerso en su guion más ingenioso, *El secreto del Unicornio*, y he aquí que la razón domesticó al cómic... La planificación de las páginas, el dibujo a tinta, la suave aplicación del color, el dominio del espacio y la caracterización de los personajes armaron al conjunto de tal firmeza que la historieta, con muchos años ya a sus espaldas, sigue atrapando nuestros sentidos con el mismo candor que el primer día. Y es que, en efecto, al abrirlos una y otra vez, los álbumes de Tintín funcionan como cuando se hace la oscuridad en la sala de un cine y nos ponemos cómodos en la butaca. Con el tradicional planteamiento, nudo y desenlace, Tintín protagoniza una historia de corte policial e implicaciones

internacionales en la que se premia la emoción del espectáculo y el humor desenfadado, y todo ello gracias a una invisible puesta en escena que, acaso, se consolida como su mayor secreto con el correr de los años.

Además, para legar un conjunto homogéneo y bien vertebrado, Hergé mostró hasta el final de sus días un cuidado especial por enmendar los errores gráficos o conceptuales de sus álbumes, por modernizar el ropaje gráfico de los decorados o eliminar anacronismos que entendía innecesarios. Entre *el Congo* y *los Pícaros* no hay grandes diferencias formales, pero entre una y otra historia transcurre la friolera de cuarenta y seis años. Esta preocupación por una creación absoluta, uniforme y duradera se apuntala con la reaparición de personajes y lugares comunes, lo que nos lleva a pensar que Hergé ya valoraba su obra desde el juicio que recibiría en la posteridad[10].

Visionario quizá, o simplemente celoso de su paternidad, Hergé fue contrario a la continuidad de la serie sin su presencia, de modo que, desde *los Pícaros*, Tintín da vueltas y vueltas sobre la Tierra allí donde lo vimos la última vez, en el avión que le trae de regreso a casa con sus amigos Haddock, Milú y el profesor Tornasol[11]. El albacea de su testamento artístico, los todopoderosos *Les Studios Hergé*, vela desde entonces por la preservación y estudio de su obra con Nick Rodwell a la cabeza, actual marido de Fanny Vlamynck —apellido de soltera—, quien fuera cónyuge del artista[12]. Tintinimaginatio S.A. es la mercantil responsable de la gestión y explotación de los derechos del personaje, destacándose por una protección implacable de la propiedad intelectual, germen de constantes desencuentros con escritores y artistas que no se cansan de reinterpretar los códigos narrativos y visuales del cómic. Cabe decir en su favor, al menos, que cuenta con investigadores comprometidos con la difusión de los archivos[13], y en un plano comercial que ha ennoblecido la *boutique* del reportero con piezas realistas de muy buen gusto, aunque eso sí, a un elevado precio.

Frente a este proteccionismo desaforado por defender el uso exclusivo de Tintín, la picaresca popular se las ha ingeniado, desde hace décadas, para difundir por canales oficiosos pastiches y homenajes al personaje, aunque la reflexión final nos lleva de nuevo a considerar que cualquier aproximación a la creación de Hergé es tributaria, y que las fuentes que verdaderamente sacian la sed de los seguidores del héroe son los veintitrés cómics que lo inmortalizaron.

Las afirmaciones categóricas cubren de hojarasca la cultura contemporánea, y con los autores consagrados se corre el riesgo de alabar sin ponderación, porque están tocados por la gracia. El secreto de la perdurabilidad de Tintín posiblemente descansa en su calidad técnica y su misteriosa capacidad para trascender a los condicionantes de un tebeo, virtudes que han despertado el interés erudito de ramas de la ciencia, la historia, la geografía, la política, la navegación, el transporte o la etnografía. Pero acaso la cualidad más sobresaliente ha consistido en unir a generaciones de padres e hijos, mineralizando los recuerdos infantiles de varias edades de lectores que se iniciaron en la lectura gracias a Tintín y sus entrañables personajes. Para conocer de primera mano quién es este mozalbete, y lo que nos cuentan sus historias, no hay mejor consejo que zambullirse en sus páginas y conocer personalmente al capitán Haddock...

Después de expurgar a *Tintín* de etiquetas y antes de bajar a las tripas de la locomotora advertimos sobre los riesgos de esta empresa: escribir sobre una obra poliédrica, archiconocida y sometida a semejante escrutinio es un reto fascinante, pero en lo más hondo del corazón se antoja un esfuerzo estéril. Si hay personas dispuestas a examinar con lupa cada viñeta que dibujó Hergé, si existen publicaciones tan especializadas sobre cualquier aspecto de su arte, por pequeño que se nos ocurra, ¿qué razón justifica esta terca obstinación por faenar en unos caladeros ya esquilmados, por robar horas al sueño y gastar la salud en la conquista de unos territorios ya ocupados? El único argumento que queda en pie, aunque no el consuelo, tiene que ver con una llamada a la que uno no ha sabido o querido resistirse. Corresponde al lector evaluar el resultado, pero también hacer de esta quijotada una causa común por la que haya valido la pena empeñar tantos esfuerzos.

La disposición del libro en dos grandes partes nace después de probar numerosas combinaciones para ordenar el material, al asumir como imprescindible aportar unas nociones técnicas y estilísticas acerca del cómic de Hergé antes de centrar el objetivo fundamental de este trabajo, que son, naturalmente, *Las aventuras de Tintín*. El método elegido ofrece la ventaja de abarcar el paisaje a vista de pájaro antes de emprender un reconocimiento palmo a palmo del terreno; así, mientras la primera parte se afana en resaltar los hitos gráficos y narrativos del arte de Hergé a vuela pluma, la segunda, de extensión más amplia, analiza con detalle la vida

del autor, la época y la obra siguiendo el riguroso orden de publicación de cada uno de los álbumes.

—La parte primera se divide en cuatro capítulos:

La Semblanza de Hergé, cuya misión es facilitar unos breves apuntes sobre el creador de *Las aventuras de Tintín*: el belga Georges Remi.

Tintín y la Bande dessinée, que acomete el imprescindible estudio gráfico del cómic. Las investigaciones formales de Hergé, que equiparan en importancia el dibujo y el texto, configuran un estilo propio popularizado con el nombre de «línea clara», entre cuyas características se encuentra la legibilidad, el estudio del detalle, la limitación de las sombras y el uso del color.

La importancia de contar una historia resume las claves de la voz narrativa de Tintín, pasando revista a los descubrimientos vitales del reportero como la aventura, la amistad o su sempiterno enfrentamiento contra la injusticia. Especial trascendencia adquiere el intercambio de experiencias vitales entre los personajes, los cuales acaban comprendiendo que comparten un destino común.

Para cerrar la primera parte, *Los hermanos pequeños de Tintín* presentan otras historietas de Hergé, con vidas no tan sugestivas como las del reportero pero que, a su favor, sirvieron como laboratorio de pruebas para la serie principal, o compaginaron con ella su presencia en los semanarios.

—La segunda parte deconstruye por separado los veintitrés álbumes de Tintín, a los que debemos sumar *Tintín y el Arte-Alfa*, un proyecto que quedó incompleto con la muerte de su autor. El objetivo es explorar la génesis y maduración, una a una, de cada aventura, pero la estela cronológica que las enlaza permitirá comprender mejor la dinámica evolutiva de la obra. La voz de especialistas en la materia intentará verter luz sobre los pasajes más oscuros del mundo de Tintín y del propio Hergé. También en esta segunda parte hay sitio para una acotación sobre los principales *dramatis personae*, los cuales mostrarán sus cartas de presentación cuanto hagan entrada en la colección.

Una breve reflexión antes de entrar en materia. Encontrándose en el ecuador de sus viajes, Tintín y sus amigos tropiezan en el Bravante valón con un hermoso palacio, rodeado de jardines, que les ofrecerá a partir de ese momento refugio después de sus fatigosas aventuras. La muy verídica localidad de Sart-Moulin, en Bélgica, se trasplantará entonces, por una nueva inversión de sílabas, en Moulinsart, una suerte de república de las artes y de las ciencias donde acaba asentándose la capital de este territorio

fabuloso. Esta idea ya se apuntó anteriormente, pero toca ahora lanzar la pregunta: ¿y por qué ese denodado empeño en reflejar el mundo a través del espejo? En realidad, como le sucediera a Lewis Carroll con la creación de Alicia, Hergé sabía mejor que nadie lo que andaba buscando, pues solo desde el seguro escenario de la ficción podía despachar, en historietas para niños, los dramas que preocupaban al hombre contemporáneo.

Y ahora sí, desprevenido lector, haz los preparativos para este viaje iniciático, Tintín te aguarda y te da la bienvenida. No presupongas un acercamiento infantil ni tampoco un estudio enciclopédico: solo de tu constancia y benevolencia dependerá el justo reparto de la recompensa.